

VISTO POR DOS

Las elecciones

Una mirada política y otra religiosa sobre los comicios

Votar es una fiesta

JOSEP M. MARGENAT
PROFESOR DE FILOSOFÍA SOCIAL EN ETEA
(UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA)

Esta mañana me ha sorprendido el titular del semanario alemán *Die Zeit*. Se refiere a las primarias americanas. Es lo que yo siempre he pensado: votar es una fiesta, lúdica y sacra. Por el lado sacro es la expresión de la reconciliación entre todas las plurales andanzas que convivimos. Por el lado lúdico votamos en domingo y lo celebramos cívicamente. El voto es la gran liturgia cívica con millones de actores, y sin mucho ensayo se consigue que la gran obra de teatro se convierta en un digno autosacramental en que el ciudadano recibe la consagración como soberano. Como ya no hay óleo sagrado para ungir a todos los ciudadanos, cada uno se vuelve a su casa lleno de espíritu de reconciliación y de simpatía por los otros, aceptando lo que decidan las urnas. Es muy serio, pero tiene algo de juego: jugamos a votar como quien juega a la lotería, aceptando que uno puede no ganar, pero que lo importante es jugar.

Voté por primera vez en 1977: voté una candidatura de un partido antifranquista. Desde entonces mi voto ha sido plural, aunque tiende a ser fiel. Escribo de memoria, pero creo recordar que en estos 32 años nos han citado a las urnas en 19 años (alguno más de una vez), mientras que en 13 años los políticos y funcionarios se han dedicado a trabajar más a fondo, sin estar tan pendientes de nuestro voto. En dos referéndum voté sí; en uno me abstuve y en otro voté no. Me equivoqué quizá en alguno de los votos, pero no pasó nada grave: en eso consiste el juego de votar. Quizá también el juego de creer en que el espíritu no anda lejos de tantos millones de personas a la hora de votar. Yo creo en el espíritu y me gusta el juego de las urnas. No lo cambiaría por nada del

mundo, pero esto no es original: Winston Churchill dijo una vez algo parecido.

Reconozco que estoy cansado porque llevamos unos años en que los primeros actores de nuestra democracia son malos actores, y nosotros—figurantes, comparsas y segundones—representamos mejor nuestro modesto papel. Esperamos mucho de los políticos y nos defraudan mucho, pero lo bonito es que no nos desanimamos. También nosotros, los secundarios, tenemos problemas. Algunos han puesto tres nombres a los problemas de la calidad democrática: parroquialismo, clientelismo y patrimonialización política. Vivimos encerrados en nuestros reductos,

Esperamos mucho de los políticos y nos defraudan mucho, pero lo bonito es que no nos desanimamos

sin hablar con los que no son de los nuestros, nos hemos vuelto parroquianos de un solo periódico o radio; han (o hemos) tejido una red de relaciones de intereses privados que colonizan la vida pública (clientelismo); algunos usan el servicio público como si fuese de su propiedad; los dos grandes partidos ejercen un duopolio, en el que los pequeños representan algún papel; los grandes tienen mucho cuidado que no se rompa su oligopolio. ¿Qué recursos tenemos los ciudadanos contra estos males? Contra el parroquialismo tenemos las parroquias; contra el clientelismo tenemos la propiedad privada; contra el oligopolio tenemos las primarias.

En primer lugar los ciudadanos también somos responsables de que los de uno y otro periódico y radio no se hablen y sólo escuchen a los suyos; podríamos fomentar lugares para hablar los distintos: muchas veces digo que las iglesias podrían

jugar ese papel de mesas de diálogo. Defiendo la propiedad-privada-para-todos que es una forma de defender la autonomía de las personas. ¿Quiénes tienen más miedo a los cambios electorales? Los que viven del presupuesto (sueldos, subvenciones, contratos). Cuanta más autonomía tengamos los ciudadanos, más difícil será que nos controlen.

Los señores que sirven a la cosa pública nos amenazan, nos riñen o nos advierten de que si no les votamos a ellos las cosas irán mal, y si les votamos nos irá bien, sobre todo a los suyos. Es indecente. Hay que cambiar a buena parte de la “clase política” y para ello hemos de conseguir lo que está en nuestras manos: listas abiertas, desbloqueadas, primarias. ¿Se imaginan poder escoger como candidato a la presidencia del gobierno entre Ramón Jáuregui, Rubalcaba y Zapatero?, ¿se imaginan poder votar entre Esperanza Aguirre, Gallardón y Rajoy?, ¿y si pudiésemos votar una lista del PSOE encabezada por Jáuregui, en la que introdujésemos los nombres de Amalia Gómez o de Francisco de la Torre, por limitarme a dos excelentes políticos del PP de esta tierra? Cuando aparezcan estas líneas no será ya posible, pero quién sabe si llegará a ser, si seguimos intentándolo. La calidad de la democracia también es cosa nuestra.

Seguiré votando plural, aún no sé qué. Un amigo socialista me ha dicho que se irá a dormir el 8 sin decidir su voto. El domingo 9 por la mañana me dice que hará una hora de oración y después irá a votar. Yo tampoco sé qué votar, pero creo que, como siempre, votaré plural en unas urnas y votaré en blanco en otra, como Pasqual Maragall y por lo mismo que él explicó hace poco en *La Vanguardia*. Me convenció. Votar, en cualquier caso, es una forma de concienciarnos a favor de una democracia menos parroquiiana, menos clientelar, menos patrimonializada. ▣

Mis dudas sobre el voto de los obispos

TONI COMÍN

DIPUTADO DEL PARLAMENT DE CATALUNYA

Nuestros obispos han abierto la caja de Pandora. A estas alturas, debería ser innecesario reivindicar el pluralismo político de los cristianos. Dice la nota episcopal: “Si bien es verdad que los católicos pueden apoyar partidos diferentes y militar en ellos, también es cierto que no todos los programas son igualmente compatibles con la fe y las exigencias de la vida cristiana, ni son tampoco igualmente cercanos y proporcionados a los objetivos y valores que los cristianos deben promover en la vida pública”. Es decir, será un “buen cristiano” quien vote por tal y un “mal cristiano” quien vote tal otro, ya me entiende usted.

El Concilio Vaticano II asumió que los cristianos son mayores de edad, capaces de discernir por sí mismos –de acuerdo con su conciencia y a la luz de su fe– sus compromisos históricos. Sin embargo, nuestros obispos, últimamente, defienden sus posturas en materia de doctrina social y moral como si de doctrina revelada se tratase. Grave error: la doctrina social y moral de la Iglesia es una palabra humana y, por lo tanto, evoluciona con la historia y es falible. La revelación, en cambio, es Palabra divina e inmutable.

Nuestros obispos no tienen el número de teléfono del Espíritu Santo: no tienen, por más que se empeñen, el monopolio de la interpretación de la moral natural. Aparentar que una posición particular tiene conexión directa con la revelación rayaría, simple y llanamente, la herejía. Lo cristiano es desentrañar esta moral natural entre todos los creyentes, deliberativamente.

Imagino muchos cristianos españoles preguntándose hoy qué es “más cristiano”: ¿un proyecto político al servicio de la igualdad de oportunidades real u otro que consolide los mecanismos de

creación simultánea de elites y de excluidos?, ¿la solidaridad social y económica con los más débiles o el culto al enriquecimiento individual?, ¿la lucha por el desarrollo de los países del sur o el turbocapitalismo neoliberal?

La misma pregunta vale en materia de derechos civiles. Son muchos los cristianos progresistas que han apoyado el matrimonio gay no por progresistas, sino por cristianos. Porque entienden que vedar el matrimonio civil a los homosexuales era una injustificable discriminación por motivos de orientación sexual. Y nada más cristiano que luchar contra cualquier forma de discriminación, sea cual sea su causa.

Nuestros obispos no tienen el número de teléfono del Espíritu Santo

El problema fundamental de muchos cristianos progresistas es que nuestros obispos no nos representan. A diferencia de otras Iglesias cristianas, la católica no es, en absoluto, una institución democrática, cosa que no tiene ninguna justificación teológica. En los inicios del cristianismo, los obispos eran elegidos por su comunidad. “Ningún obispo impuesto” escribió el papa y santo Celestino I.

Como la cúpula de la Iglesia católica monopoliza su representación pública, la sociedad puede acabar pensando que la Iglesia empieza y acaba con ellos. Para evitarlo, es básico que los sectores progresistas del catolicismo tengan también presencia pública. Para conseguirlo, sin duda lo mejor sería democratizar las estructuras de poder de la Iglesia, para que nuestros obispos fueran ideológicamente plurales, tal como los fieles que supuestamente representan. Los cristia-

nos queremos votar cristianamente, pero no solamente fuera de la Iglesia, sino también dentro de ella.

Ante el escoramiento ultraconservador de nuestra jerarquía, la reacción de una parte de nuestra sociedad es rechazar la intervención pública de las religiones. Pero sería una mala solución. Dos errores son muy comunes a la hora de abordar este asunto. Tan grave es cuestionar la autonomía de los poderes democráticos y su legitimidad para dictar las normas comunes de convivencia, como relegar la religión al espacio privado.

El neoconfesionalismo pretende que la religión ejerza su papel público desde la alianza con el poder político. El laicismo –distinto de la laicidad– pretende impedir que las religiones se expresen públicamente. Pero en democracia la religión no debe ser considerada sólo un asunto privado, lo cual no significa que deba vulnerarse la estricta separación entre el Estado y las distintas confesiones. El lugar de la religión, en tanto que hecho público, es la sociedad civil: las organizaciones particulares, basadas la libre adhesión de sus miembros, pero con vocación pública.

En cualquier caso, si algún problema sigue teniendo España, hoy, no es tanto de laicismo como de laicidad insuficiente. Quizás haya tentaciones laicistas en algunos sectores de la izquierda española. Pero más grave es que una determinada Iglesia pretenda mantener sus privilegios en el sistema fiscal o en la educación. No sólo es poco acorde con nuestro ordenamiento constitucional, sino sobre todo poco cristiano. Los católicos deberíamos ser los primeros en exigir el fin de nuestras ventajas injustificadas.

Viendo la actual polémica, uno se acuerda de Mateo 25: a los que dieron de beber al sediento, de comer al hambriento y de vestir al desnudo –dice allí– Cristo los salvará; a los que pasaron de largo, los condenará. ¡Que Dios los coja confesados! □

